RUBÉN DARÍO Y MENÉNDEZ Y PELAYO

Creo que merece recogerse la efusiva admiración que el gran poeta nicaragüense sintió siempre hacia Menéndez y Pelayo.

Fué Rubén harto más generoso y comprensivo con aquella generación, que aquella España contemporánea suya con él; Castelar, Valera, Campoamor, Núñez de Arce, la Pardo Bazán, merecieron a su pluma elogios tan discretos y elegantes, como ineptas habían de ser las censuras a su obra poética por los que se consideraban a sí mismos celadores de la gloria de aquellos escritores.

Pero entre todos ninguno le mereció tanta mención entusiasta como Menéndez y Pelayo (1). Ni creo—y era natural que así sucediese—que tuvo en tanto la amistad de otro alguno como la de nuestro sabio polígrafo.

Todo un capítulo brevísimo de su *Autobiografía* (y el aislar la materia indica suficientemente que el suceso le juzgó de los interesantes de su vida) dedica a la ocasión en que trabara conocimiento con el Maestro.

Llegara Rubén a Madrid en ocasión del centenario de Colón, haciendo parte de la delegación de Nicaragua, su patria. «En Madrid, me hospedé en el Hotel de las Cuatro Naciones, situado en la calle del Arenal y hoy transformado. Como supiese mi calidad de hombre de letras el mozo Manuel, me propuso:—Señorito, ¿quiere usted conocer el cuarto de don Marcelino? Él está ahora en Santander y yo se lo

(1) Por su parte Menéndez y Pelayo reconoció muy pronto el mérito del poeta. En el prólogo del primer tomo de la *Antología de Poetas Hispano-americanos*, fechado en Santander a 2 de septiembre de 1892, escribió el Maestro: «Una nueva generación literaria se ha levantado en la América Central, y uno por lo menos de sus poetas ha demostrado serlo de verdad.» En la segunda edición de estos prólogos de la *Antología*, que con el título de *Historia de la Poesía Hispano-americana* (1911) forma los volúmenes II y III de la edición de las *Obras Completas* de Menéndez y Pelayo, explica en una nota aquella frase con estas palabras: «Claro es que se alude al nicaragüense don Rubén Darío, cuya estrella poética comenzaba a levantarse en el horizonte cuando se hizo la primera edición de esta obra en 1892. De su copiosa producción, de sus innovaciones métricas y del influjo que hoy ejerce en la juventud intelectual de todos los países de lengua castellana, mucho tendrá que escribir el futuro historiador de nuestra lírica.»

puedo mostrar». Se trataba de don Marcelino Menéndez y Pelayo, y yo acepté gustosísimo. Era un cuarto como todos los cuartos de hotel, pero lleno de tal manera de libros y papeles, que no se comprende cómo allí se podía caminar. Las sábanas estaban manchadas de tinta. Los libros eran de diferentes formatos. Los papeles de grandes pliegos estaban llenos de cosas sabias, de cosas sabias de don Marcelino. —«Cuando está don Marcelino no recibe a nadie»—, me dijo Manuel. El caso es que la buena suerte quiso que cuando retornó a Santander el ilustre humanista yo entrara a su cuarto, por lo menos algunos minutos todas las mañanas. Y allí se inició nuestra larga y cordial amistad» (1).

Años después al volver a Madrid—en 1899—enviado por el gran diario *La Nación,* de Buenos Aires, todas sus amistades gloriosas —salvo don Marcelino—las encuentra vacilantes o en decadencia. «He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo en todas las manifestaciones del alma nacional; Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; Menéndez y Pelayo...» (2).

Continuó la relación del poeta con el Maestro. «Renové mis coloquios con Menéndez y Pelayo...» (3).

Cuando incidentalmente escribe su nombre le acompaña siempre con adjetivos de la más alta estima. «Grande y memorable» le llama al citarle como autor de un estudio sobre el montañés Fernando Velarde (4).

Como excepción en el desconocimiento que en España se tenía de la actividad intelectual americana, vuelve a citarle en un pasaje de su *España Contemporánea* (5).

En la rápida revista que pasa a nuestros inmortales en el mismo libro, escribe en complacido elogio: «Don Marcelino entró muy joven en la Academia, como se recordará. Hiciéronle triunfar por una parte su saber enciclopédico y vasto, por otra su conocida filiación conservadora. No hay duda de que sus conocimientos son asombrosos; don Marcelino sabe más que todos los académicos juntos, y sus trabajos

(1) Rubén Darío. *Autobiografía.* Edit. Mundo Latino. Madrid, MCMXVIII. (El texto lleva las fechas de 11 de septiembre y 5 de octubre de 1912. Buenos Aires.) Pág. 88.

(2) *Autobiografía.* Pág. 169.

(3) *Autobiografía.* Pág. 175.

(4) *Autobiografía,* Pág. 345.

(5) *España Contemporánea,* por Rubén Darío. París. Garnier Herm.... 1901. P. 30

han sido y son los de un gran crítico, los de un verdadero sabio. La edición monumental de Lope y la *Antología* lo demuestran» (1).

Hasta actividades de Menéndez y Pelayo no tenidas todo lo en cuenta que se debiera por sus críticos le merecen consideración. Así oportunísimamente la *Epístola a Horacio* la propone como el único ejemplo plausible del empleo del verso libre (2), que él ensayara en su *recreación arqueológica, Friso.*

Pero aparte estas citas incidentales en dos ocasiones por lo menos se demoró en trazar su silueta intelectual. Son dos retratos vivos que difícilmente habrán sido superados en su nerviosa rapidez por otra pluma.

No menos que una correspondencia a *La Nación* dedicó a comentar la publicación del *Homenaje.* Tras de referirse a las conferencias que por aquellos días daba en el Ateneo—sin duda la serie de *Los Grandes polígrafos españoles*—escribe esta acabada semblanza llena de generosa devoción. «Menéndez y Pelayo está reconocido fundadamente como el cerebro más sólido de la España de este siglo; y en la historia de las letras humanas, pertenece a esa ilustre familia de sacerdotes del libro de que han sido ornamento los Erasmos y los Lipsios. Aun físicamente, al ver el retrato grabado por Lemus, he creído reconocer la figura del gran rotterdamense profanada por la indumentaria de nuestro tiempo. Y cuando en la conversación amistosa escucho sus conceptos, pienso en un caso de prodigiosa metempsicosis, y juzgo que habla por esos labios contemporáneos el espíritu de uno de aquellos antiguos ascetas del estudio que olvidara por un momento textos griegos y comentarios latinos. Es difícil encontrar persona tan sencilla dueña de tanto valer positivo; viva antítesis del pedante, archivo de amabilidades; pronto para resolver una consulta, para dar un aliento, para ofrecer un estímulo. Posee una biblioteca valiosísima, allá en Santander, lugar de su nacimiento y donde pasa los veranos. Ha poco ha muerto su padre, que llevaba el mismo nombre suyo y que era un notable profesor de matemáticas. Tiene un hermano, don Enrique, doctor en medicina y aficionado a los versos. En Madrid, como en Santander, es don Marcelino un formidable trabajador. Aquí

(1) *España Contemporánea.* Pág. 235.

(2) *El viaje a Nicaragua e Historia de mis libros,* Editorial Mundo Latino. Madrid. MCMXIX. Pág. 195.

dirige la Biblioteca Nacional y publica muy eruditos estudios en la *Revista de Bibliotecas y Museos;* dirige la edición académica monumental de las obras de Lope de Vega; mantiene activa correspondencia con sabios extranjeros; da sus lecciones en la Universidad y sus conferencias en el Ateneo, que luego formarán una de sus obras más importantes; en resumen, es un raro ejemplo de laboriosidad y de potencia mental, y como en los años de su juventud, tiene una memoria incomparable y un entusiasmo que constituye la parte más simpática y hermosa de su talento» (1).

En el mismo libro y tratando de la crítica aún traza otros rasgos de su fisonomía para completar tan animado y justo retrato... «Menéndez y Pelayo, cuyas preocupaciones de ortodoxia no han impedido que sea el más amplio y al mismo tiempo el más sólido criterio de la literatura española de este siglo. Es una vasta conciencia unida a un tesón incomparable. Hace algunos años he tenido ocasión de tratarle íntimamente, cuando vivía en su departamento del Hotel de las Cuatro Naciones. Hacía vida mundana, no faltaba a las reuniones de sociedad; tenía su cátedra y sin embargo le sobraba tiempo para escribir en varias revistas, informarse de los libros en cuatro o cinco idiomas que le llegaban del extranjero, y proseguir en su labor propia, en la producción de tanta obra saturada de doctrina, maciza de documentación, imponente de saber y fuerza. Es el enorme trabajador de los *Heterodoxos* y de las *Ideas estéticas*. Creo que abandonó su antiguo proyecto de escribir una Historia de la literatura española. Su labor realizada vale verdaderos tesoros que son desde luego más estimados en su justo valer en el extranjero que en España; fuera se pesan su ciencia y su conciencia; aquí se admira su fetiche y se le coloca entre varias beneméritas momias» (2).

Noble lección de estima. Pesar su ciencia y su conciencia. El más fervoroso discípulo no habría encontrado una fórmula de elogio ni más precisa y justa, ni más del agrado del Maestro.

Archivamos por ello con la más viva satisfacción esta admirable semblanza, tributo de devoción a lo más castizo y noble de nuestra cultura ofrecido por el fecundo renovador de las formas de nuestra lírica.

C.

---

(1) *España Contemporánea.* Pág. 296.

(2) *España Contemporánea.* Pág. 342.